

Iglesia de la Vera Cruz en Carballino. (Croquis.)

ANTONIO PALACIOS RAMILO

Por PASCUAL BRAVO

Unas líneas de ofrenda a la memoria de Palacios, en este número que la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA le dedica, no pueden hacer más que rozar levemente su ingente personalidad.

Es su obra de proporciones tan vastas que sería imposible condensar su estudio en el reducido marco de un artículo de Revista.

Por otra parte, es todavía demasiado pronto para juzgarla con la sazónada madurez que da el paso del tiempo, y estamos demasiado cerca para contemplarla con la amplitud de perspectiva que proporciona una discreta lejanía.

Personalidad enormemente admirada y discutida, a veces con apasionamiento, no siempre leal, su figura y su obra han de ir adquiriendo con el tiempo la talla gigantesca de los grandes maestros.

Caso extraordinario de vocación profesional, encerrando en un cuerpo menudo un espíritu de arrolladora energía, constituye su vida una de los ejemplos más fecundos en enseñanzas y una guía inmutable para los que hemos tenido la honra de poder llamarnos sus discípulos.

Dotado de una simpatía extraordinaria, de un trato de gentes exquisito y de una facultad de sugestión maravillosa, un rato de conversación con él convertía al más enconado detractor en admirador apasionado.

Su advenimiento al ejercicio de la profesión se produjo en momentos de penuria de ideas y de adocenamiento casi general. Contra esto luchó desde el primer momento con toda la fuerza de su potente imaginación y con su enorme capacidad creadora. Su obra ha sido siempre un grito de protesta contra toda esa arquitectura encogida por la timidez o emperzeada por el formalismo.

Este empuje juvenil, que conservó toda la vida, le llevaba a apasionarse con cada nuevo problema con impetu renovado y a lanzarse con avidez sublime por los caminos de la audacia, sólo reservados al genio.

Su arquitectura está impregnada de un hondo espíritu varonil y dramático. En ninguna de sus obras se hace la menor concesión a la frivolidad ni a la sordidez. Su estilo, que así puede llamarse, surge de una forma peculiarísima, original e ingeniosa de resolver las plantas, de un sentido especial de agrupamiento de las masas, movidas siempre con una gran idea de monumentalidad y nobleza, y de una maravillosa intuición para extraer de cada material hasta la quintaesencia de sus posibilidades constructivas y artísticas.

No importa que el solar sea pequeño, irregular o difícil. Lo que proyecta Palacios resultará siempre grandioso y señorial.

Su labor en el estudio era la de una caldera en constante ebullición. Sus croquis, rápidos, certeros, ejecutados con seguridad de lápiz admirable y con una genial economía de líneas, son de una expresividad insuperable.

No reparaba en el instrumento, ni el soporte. El primer lápiz, duro o blando, venido a mano; la pluma con la que acababa de firmar un certificado, un trozo cualquiera de cualquier papel, le servían para componer en breves instantes las más monumentales creaciones. Unos toques finales de un lápiz de color, tomado al azar, acentuaban los efectos y convertían el pequeño boceto en una obra de arte.

No menos admirable era su actuación en la obra. Su gran instinto de constructor le hacía sufrir y disfrutar hasta lo infinito con los arduos problemas de la materialización de sus ideas. Su mayor gozo hubiera consistido en poder ejecutar él mismo todo cuanto concebía. Este impulso insatisfecho lo suplía con sus grandes dibujos a tamaño natural, ejecutados al carbón, casi siempre ante los mismos obreros que habían de labrar el sillar o modelar el capitel, sin la menor vacilación, con rapidez de magia y con una seguridad de trazo portentosa.

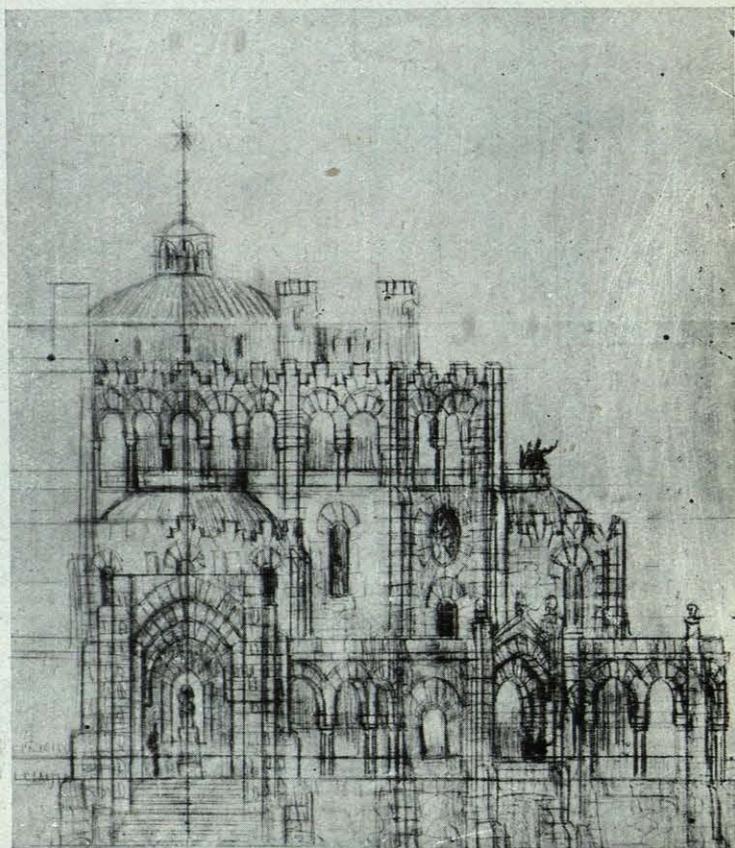
Por eso sus detalles tiene ese inconfundible sello de espontaneidad infundido por el camino más corto, desde el cerebro que crea hasta la mano que ejecuta.

En la obra es donde se manifestaba con todo esplendor su intuición maravillosa y su vocación irrefrenable. No dejaba de causar emoción contemplar el gesto de caricia paternal con que pasaba la mano por la molduración de un sillar o por el adorno forjado de una reja, cuando habían sido ejecutados a su satisfacción.

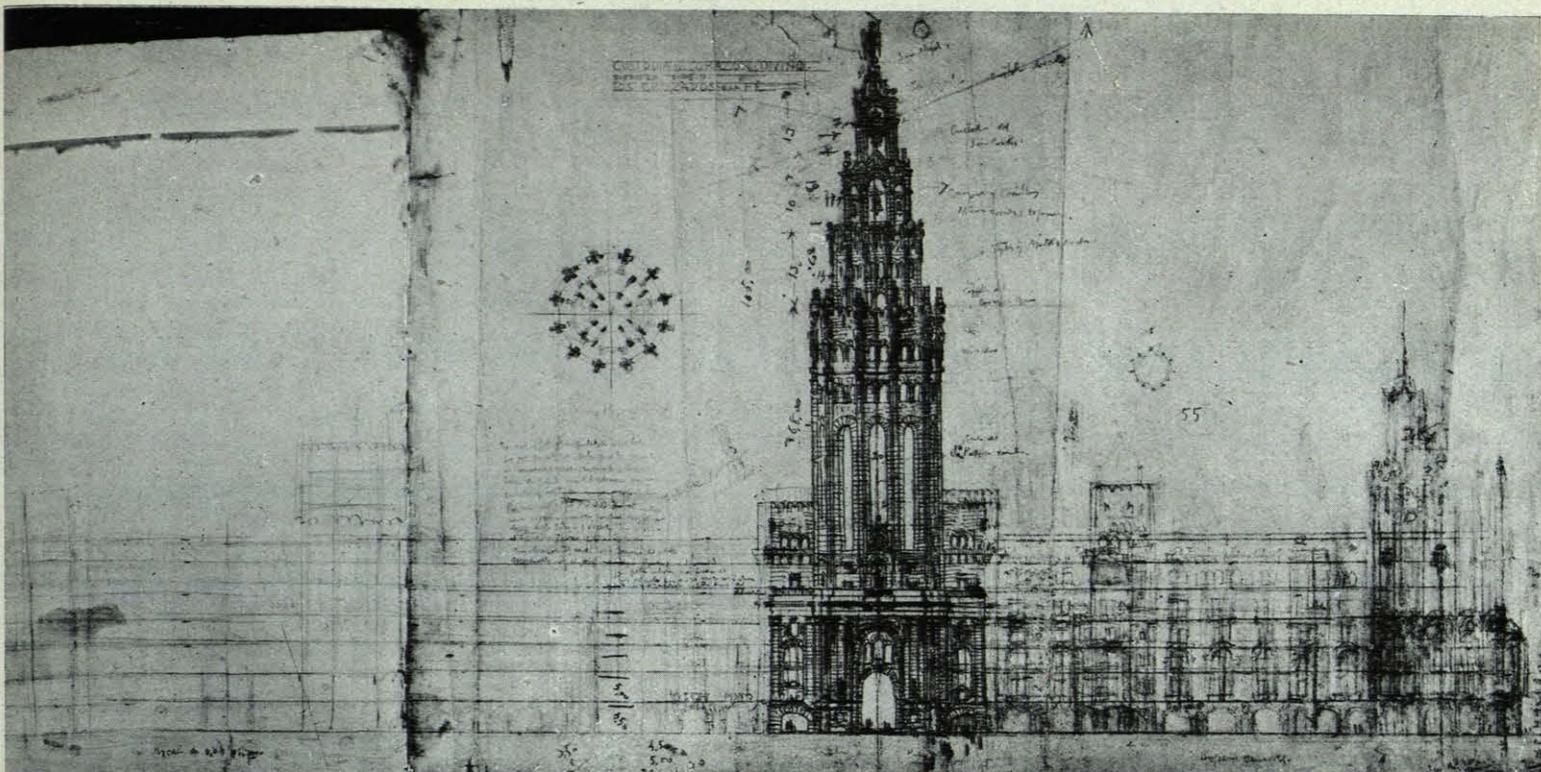
Su capacidad de trabajo y su fecundidad han sido otro de los aspectos casi milagrosos de Palacios. Basta recorrer la inmensidad de su obra, sembrada a lo largo de su vida por toda España, para darse cuenta del gigantesco esfuerzo que es capaz de realizar un solo hombre cuando se halla unido con el don maravilloso del poder creador.

Y es más admirable, si observamos que esta energía y entusiasmo juvenil los ha conservado hasta los últimos instantes de su vida. Solamente su labor en los proyectos y obras ejecutadas desde el fin de nuestra guerra de Liberación hasta su fallecimiento absorbería el esfuerzo de varios arquitectos.

En esta etapa, termina el Banco Mercantil e Industrial, proyecta y ejecuta una casa de vecinos en la calle de Abascal, el gran edificio para la Banca Viñas, en Vigo; el Monasterio y Basílica de la Asunción para las Descalzas Reales, en la misma ciudad; las Iglesias de la Vera Cruz, en Carballino, con su Rectoral y Hospedería; la de San Fausto de Chapela; el proyecto de ampliación de la Iglesia votiva de Panjón, y varias obras más, parte de otros grandiosos proyectos puramente ideales con que necesitaba dar pasto a su fantástica imaginación, como el de la Gran Vía Aérea sobre el Manzanares, o el de la reforma urbana del núcleo central de Madrid.



Otro aspecto de la Iglesia de la Vera Cruz.



Croquis del Faro Custodio del Corazón Sagrado en el Santuario de la Gran Promesa en Valladolid.

Y, rasgo admirable que retrata su incontenible afición: septuagenario, abrumado de trabajo, todavía tuvo tiempo y entusiasmo para acudir a dos importantes concursos de proyectos, uno de urbanización y reforma de Sevilla y otro para la construcción de un templo en Santander, con el mismo fuego e ilusión de un principiante.

Esta energía indomable empezó a decaer hace un año, doblegada por la cruel enfermedad que le ha llevado al sepulcro. Y a medida que su vigor físico le iba abandonando, iba encendiéndose, cada vez más brillante, la llama luminosa de su espíritu. Esta época le ha sorprendido entregado con amor a la concepción del Santuario Nacional de la Gran Promesa en Valladolid.

Sobreponiéndose a unas condiciones físicas deplorables, vivía totalmente dedicado a esta idea, trazando innumerables croquis nerviosos y expresivos, llenos de acotaciones que completasen lo que su mano o su vista se resistían a expresar, redactando notas que reflejasen lo que en su alma se iba acumulando de espiritualidad y simbolismo y conversando con aquella potencia persuasiva que contagiaba a los que le rodeaban del gran proyecto que absorbía por completo su pensamiento.

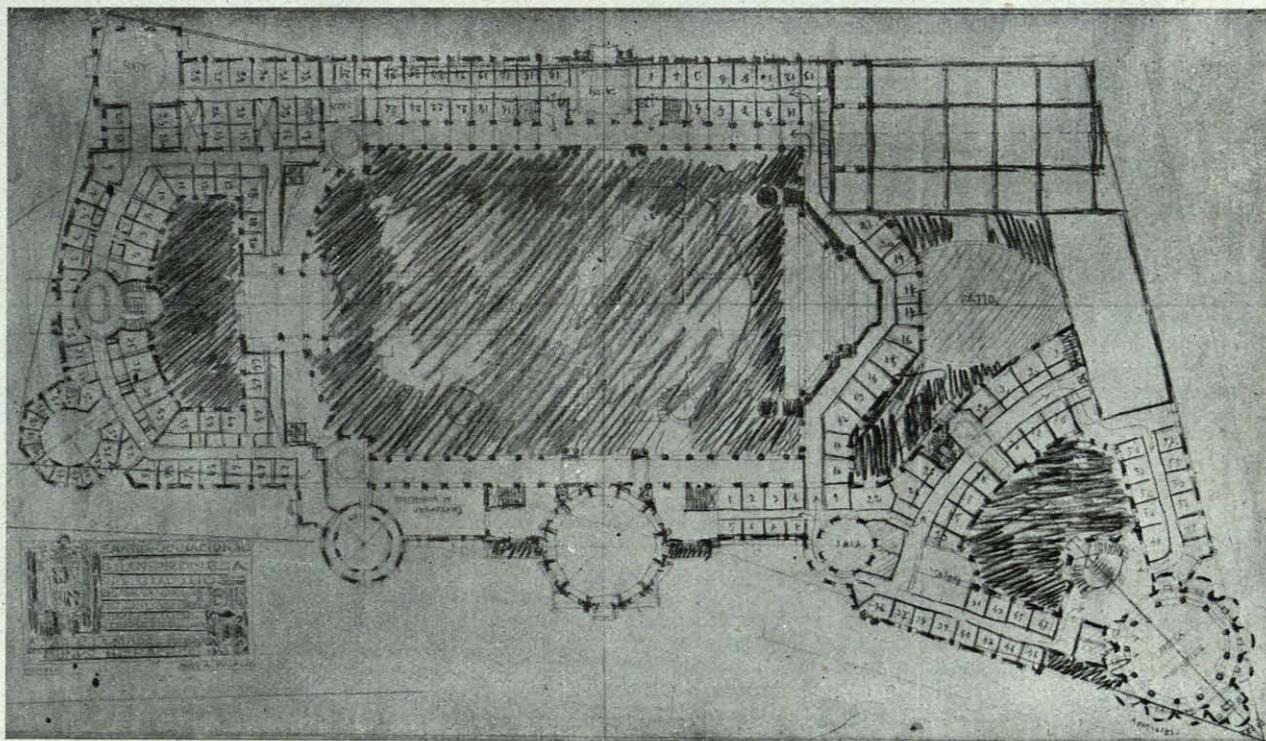
Era verdaderamente emocionante el calor y fervorosa unión con que exponía sus ideas para la erección del Trono que había de materializar el reinado espiritual del Sagrado Corazón en nuestra Patria.

Parecía como si en un sublime anhelo de supervivencia, y presintiendo su llegada a la meta terrenal, quisiese entregar a los que quedaban la antorcha encendida de su entusiasmo y de su inspiración...

Su inteligencia se mantuvo despierta hasta el último instante de su vida. Pocas horas antes de morir, aun adormecía sus saudades gallegas, meciéndose en la suave música de unas poesías de Rosalía de Castro.

Y conociendo cómo se compenetraba con las ideas de sus más grandes proyectos, cómo se entregaba totalmente al espíritu de los temas profesionales que le apasionaban, puede asegurarse que sus últimos pensamientos se elevarían hacia esa sublime figura del Corazón Sagrado, para cuya entronización había concebido la más grandiosa y compleja composición que brotara de su mente privilegiada.

Que El le haya acogido en su seno y concedido el eterno reposo como premio a una vida de labor infatigable, de bondad extraordinaria y de caballerosidad sin tacha.



Croquis de la planta del Santuario.